



VELAD
DEBIDAMENTE

VELAD DEBIDAMENTE

Por F. T. Wright

Publicado por la:
COMUNIDAD ADVENTO-REPOSO-SABATICA

Producción y despacho:
Sabbatruhe-Advent-Gemeinschaft
Waldstrasse 37
57520 Dickendorf
Alemania

Título original en inglés:
Awake to Righteousness

Primera edición:
Julio 2005

(Awake to Righteousness, Spanish edition)

VELAD DEBIDAMENTE

“Velad debidamente, y no pequéis; porque algunos no conocen a Dios; para vergüenza vuestra lo digo” (*1 Corintios 15:34*).

Estas palabras se escribieron, no para el pecador impío y descarado, sino para la bien establecida congregación cristiana cuyos miembros descansaban en una seguridad equivocada de que estaban a la altura de las normas cristianas, y estaban tan seguros como cualquiera de un lugar en el paraíso. Los creyentes corintios habían sido educados por el poderoso apóstol Pablo, quienes inicialmente gozaban de una rica experiencia espiritual, pero fueron arrastrados a una vida de “respetable” pecado. Así, ellos quienes debían ser las lumbreras de salvación a los pecadores que los circundaban, se hallaron en la necesidad de un llamado específico, para que se apartaran del pecado y vivieran vidas de perfecta justicia.

Es a la misma clase de personas que este mensaje continúa dirigiéndose hoy. Por consiguiente, estas palabras exigen que, el profeso hijo de Dios bajo el ministerio del Espíritu Santo, haga un examen cuidadoso de su experiencia personal, para ver si

tiene en realidad ese conocimiento de Dios que termina en una vida sin pecado.

La reacción común al llamado a “no pecar”, es creer que, de todos modos, esto es una imposibilidad. Pero en realidad, esta no es una demanda inalcanzable de un Dios perfecto para un pueblo imperfecto. Él es un Dios recto, amante y justo. Por esta razón, jamás exigirá del pueblo lo que está fuera de su capacidad lograr en y por medio de su pueblo. Su llamado “velad debidamente, y no pequéis”, debe ser reconocido y recibido como una oferta incalculable de Dios para sus hijos, más que una exigencia impuesta sobre ellos. Su propósito es “... poner fin al pecado, y expiar la iniquidad” en el corazón y la vida de cada creyente en Jesús. (*Daniel 9:24*).

Pero así como fue para los corintios de antaño, en su ignorancia del poder de Dios para salvar, quienes consideraban el pecado como un enemigo invencible, los modernos profesos hijos de Dios aceptan pecar como una desafortunada y única parte inseparable de su existencia. A los tales el amante salvador dirige la súplica, “Velad debidamente, y no pequéis”. Es el propósito de Dios que ninguno acepte una vida de pecado como la única opción existente. El Altísimo anhela que todos sean plenamente conscientes de que la vida justa es accesible a todo fiel y arrepentido hijo Suyo.

Cuando Jehová nos invita a “no pecar”, no señala un momento glorioso en el futuro cuando, como resultado de un milagro dramático, el creyente repentinamente se halla elevado a un esta-

do de pureza y santidad, que no pueda incluso, volver a hacer lo malo. Él Señor está hablando en términos de hoy. Por increíble que pueda parecer, no considera la incapacidad de la carne pecaminosa en el ambiente de un mundo malo, como una razón para continuar pecando.

Dios tiene todo el derecho a esperar esto, porque ha puesto a disposición su propio poder omnipotente en el Evangelio de Cristo Jesús para todo el que desee apropiarse de él. Por el poder viviente del Evangelio, el sistema sanador destinado a llevar al pecador a la armonía con Dios y a la obediencia de su ley, el Altísimo hizo provisión para que todos puedan llegar a ser semejantes a Él, y es su gloria y agrado realizarlo en favor de todos los que no interpongan una voluntad perversa y frustren así su gracia. Por esta razón envió a su Hijo al mundo como está escrito: “Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESUS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (*Mateo* 1:21).

Cristo no fue comisionado por su Padre para salvar a su pueblo *en* sus pecados sino *de* sus pecados. Existen muchas teorías en circulación que ofrecen salvación en el pecado, pero podemos estar seguros de que éstas no hallan su origen en la mente de Dios. “El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (*1 Juan* 3:8).

Satanás trabaja incansablemente para producir pecados en las vidas de los hombres; su principal

argumento, y de más éxito es que es imposible que los seres humanos caídos y pecadores obedezcan los mandamientos de Dios. “Satanás representa la divina ley de amor como una ley de egoísmo. Declara que nos es imposible obedecer sus preceptos” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 15).

Contrario a esta mentira monstruosa permanece la pura y perfecta verdad de Dios. Él dice: “Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos ... Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas” (*Deuteronomio* 30:11, 14). Esta es sólo una de las frecuentes declaraciones de Dios por la cual afirma que la obediencia es una posibilidad real para el creyente. “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (*1 Corintios* 10:13).

Toda persona tiene que escoger en cuál de estas dos posiciones va a creer y en cuál será formada su vida. Muy pocos se dan cuenta concienzudamente de que las consecuencias se definen con mucha claridad. Fallan en reconocer que la afirmación específica de Satanás es que nadie puede obtener la justicia. Por otra parte, Dios expresa positivamente que es posible. El resultado es que la vasta mayoría de profesos cristianos aceptan, apoyan y enseñan la mentira de Satanás.

Si los tales consideraran las implicaciones de esta posición, por lo menos muchos se apresurarían a revisar su creencia, porque el aceptar que es imposible vencer el pecado es sostener que Satanás es más fuerte que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; que el pecado es más poderoso que el Espíritu, y más poderoso que la justicia. ¿Cuál es ese cristiano sincero que permite que tales ideas se alojen en su mente? Ciertamente no lo habrá. ¿Quién, entre ustedes se pronunciará contra sentimientos tan diabólicos?

Todavía muchos que están preparados para dejar que su experiencia sea el medio por el cual se mida la verdad, contenderán que, a pesar de sus más resueltos esfuerzos, son incapaces de vencer. Se dice: “¡Con cuánta frecuencia he decidido apartarme de las cosas detestables! ¡Repetidas veces me he entregado de nuevo a Cristo y he resuelto no pecar más! ¡Con cuánta energía he luchado, con cuánto dolor me he arrepentido y he confesado, con cuánto fervor he suplicado la ayuda, sólo para caer nuevamente en una miserable derrota! Leí el capítulo 7 de *Romanos* y hallé que era una descripción de mi triste experiencia. ¿Cuál es mi problema? ¿Cómo puedo llegar al punto de poder vivir una vida en la cual sea capaz de no pecar?”

Usted sabe lo que es recto y lo desea lograr. Incluso, lucha con todas sus fuerzas por realizar el objetivo deseado. ¿Entonces por qué estos esfuerzos no son exitosos?

El problema consiste en el hecho de que usted lucha por lograr lo correcto con métodos equivocados.

Usted lo está intentando en la vieja vida, lo cual es imposible hacer mientras ésta continúe existiendo. La vieja vida, que se nombra con más exactitud como el “viejo hombre”, no es el cuerpo compuesto de sangre y carne caídas y mortales. Ella es la descendencia de Satanás que reside en la carne y sangre caídas, pecaminosas y mortales, que las gobierna contra los deseos de la mente y las convicciones de la conciencia. Esta es la “raíz” del mal en la vida, la “fuente” de la maldad. Mientras esa cosa impura permanezca, la corriente que proviene de ella es igualmente impura. “La fuente del corazón debe ser purificada antes que los raudales puedan ser puros” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 143).

En la Biblia se dan también otros nombres a este poder inicuo y cruel. Algunos de ellos son: “el viejo hombre”, en *Romanos* 6:6; “la mente carnal”, en *Romanos* 8:7, y “el corazón de piedra”, en *Ezequiel* 36:26. Se compara con un espino y con un déspota que gobierna sobre la persona como lo hicieron los egipcios con los israelitas. La carne llega a ser su “... instrumento de iniquidad”.

La verdad vital que poco se entiende hoy es que no importa cuánto se comprenda la verdad bíblica, o cuánto uno pueda luchar honestamente por el dominio, mientras el viejo hombre continúe reinando en el templo del alma, es completamente imposible “velar debidamente, y no pecar”. Simplemente no puede ser hecho. Así lo dice la Biblia clara y enfáticamente, y ese es el fin de toda obje-

ción a lo contrario. “Por cuanto la mentalidad de la carne es enemistad contra Dios; porque no se somete a la ley de Dios, ya que ni siquiera puede” (*Romanos 8:7*, revisión 1977). Leemos que la ley “[no podía justificar al hombre, porque éste en su naturaleza pecaminosa no podía guardar la ley]”... (*Patriarcas y Profetas*, pág. 390).

A pesar de este hecho, el abordamiento universal al problema es un intento de guardar la ley mientras se está todavía bajo el dominio del antiguo amo. Esfuerzos diligentes se hacen por desarrollar satisfactoriamente patrones de hábito. Se usan la fuerza, educación, cultura y otros medios para llevar la vida a la armonía con Dios, pero siempre sin éxito. Puede lograrse un progreso modificado de lo antiguo, pero la apariencia externa de justicia no puede esconder la continua corrupción en el interior. Aunque la disciplina, el adiestramiento, la educación y la cultura tienen su lugar, son enteramente impotentes para lograr una vida sin pecado.

No tiene sentido continuar con procedimientos que no funcionan, y es igualmente una necesidad sacar la conclusión de que las promesas y requerimientos de la Biblia no se pueden obtener. El ideal de Dios para su pueblo es una vida sin pecado, y nada menos que esto es idóneo para el reino. Esto indica que un camino tiene que ser hallado en el cual uno pueda “velar debidamente, y no pecar”.

Para alabanza y honra de Dios, existe una solución que realmente funciona. Es un plan de origen

divino, no humano, y nada se enseña con más claridad en las santas Escrituras. A pesar de la simplicidad, claridad, efectividad y poder de esta solución, la mayoría está tan preocupada en conformar la vieja naturaleza, que pierden de vista enteramente la solución de Dios para el problema, la única que verdaderamente obra. Así, muchos continúan adormeciendo la justicia y pecando todavía, no teniendo para su vergüenza verdadero conocimiento de Dios y, después de todo, con suficiente asombro, reclaman ser los verdaderos y únicos hijos de Dios.

Así parece que hay tres diferentes grupos de personas en el llamado mundo Cristiano. Primero, están los que niegan enteramente la posibilidad de no pecar más. El segundo grupo admite la posibilidad de una vida sin pecado, pero, al no conocer el camino de Dios para lograrlo, ofrecen un sistema de liberación que no funciona. Finalmente están los que no sólo creen que el pecado puede ser separado de ellos, sino que comprenden también la forma en la cual esta experiencia puede llegar a ser suya.

¿Entonces cuál es la solución divina en la cual no hay un hilo de invención humana? La manera de Dios es resolver el problema al remover la causa de la dificultad. Así como un jardinero elimina el problema del espino en su jardín al arrancar el espino para reemplazarlo por un árbol bueno, así también el Señor propone erradicar el viejo hombre para instituir el nuevo hombre en su lugar. Entonces, así como por naturaleza ejecutamos las

obras del mal, así ahora por naturaleza producimos los actos de justicia. Verdaderamente será “.. Que cuando le obedezcamos estaremos tan sólo ejecutando nuestros propios impulsos” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 621).

Ninguno puede servir a dos señores al mismo tiempo. El individuo, o rinde un servicio obligatorio al viejo hombre, la descendencia de Satanás, o sirve al Señor con un corazón amante y voluntarioso, conforme a la nueva naturaleza dentro de él. Al mirar el fruto que produce su vida, sabrá de quién es siervo. Si no deja de cometer pecados conocidos, y no manifiesta los dulces frutos del Espíritu, puede saber que está todavía en la esclavitud del pecado. Por otra parte, si tiene una victoria positiva sobre todo pecado conocido, de modo que las viejas disposiciones al mal no son más una parte suya, y se halla lleno del espíritu de amor, gozo, paz y humildad, puede saber que ha pasado de muerte a vida, y en realidad llega a ser un verdadero hijo de Dios.

El viejo hombre nunca puede ser enseñado o forzado a obedecer a Dios. Eso es tan imposible como tratar de que un lobo guíe la vida de un cordero, o que un espino produzca uvas. Una vida completamente nueva tiene que ser instituida en lugar de la antigua, justamente como un árbol bueno tiene que ser plantado donde estaba el árbol malo, si se quiere obtener buenos frutos.

El pastor Waggoner establece esta verdad con claridad: “Nunca hubo un tiempo en la vida de un hombre en que por sí mismo haya tenido poder

para resistir la tentación. Nosotros no lo podemos hacer. Esto comprueba que para resistir totalmente al pecado debemos tener una vida diferente de nuestra vida natural. Esta debe ser una vida que el pecado nunca tocó y nunca puede tocar” (*Carta a los Romanos*, pág. 9.10).

Hay solamente una vida tal, y esa es la vida de Cristo. El que posee esa vida en sí mismo, tiene la victoria, porque esa vida es la victoria. Cristo ofrece impartir esa vida a todo el que permita al Espíritu Santo implantarla dentro de él. Pero este ministerio celestial no puede ser realizado en alguien que no someta el viejo hombre a muerte. De hecho, Cristo nunca puede compartir el corazón con otro gobernante. El debe poseer completamente al creyente o nada. No hay otra forma en la cual pueda traer salvación al pecador.

Cuando se considera la necesidad de implantar la vida justa de Cristo dentro del creyente, la diferencia entre las acciones de pecado que son los pecados de la carne, y el amo de pecado, que es la “ley del pecado” en la carne, tiene que ser entendida. Lo primero es el fruto de lo último. El Señor ofrece gratuitamente el perdón de los pecados que el individuo comete, pero ninguna cantidad de perdón solucionará el problema del viejo hombre. La única solución que tiene posibilidad de éxito es la que exige la erradicación del viejo hombre y su reemplazo por el nuevo. Para lograr esto, la persona necesitada debe entender el problema, debe saber y creer lo que el Señor ha prometido hacer

para resolverlo, y debe enterarse de lo que a su turno tiene que hacer para experimentar las provisiones divinas.

El problema, como ya se ha notado, es la presencia permanente del viejo hombre.

Dios ha prometido y está muy ansioso de erradicar este problema a través del ejercicio de su poder divino. Después de que esto se haya completado, Él implantará en el corazón la simiente divina de Cristo, y es la obra de sólo un instante.

Por su parte, el creyente debe confesar la causa real de su problema que no son los actos reales de pecado, sino la presencia en él de un poder despótico —el viejo hombre, la descendencia de Satanás, el amo de pecado. Tiene que dar este problema al Señor, creyendo que lo quitará y lo reemplazará con su propia vida divina. Entonces puede gozar de ser hijo de Dios y tener compañerismo con la familia divina.

Solamente los que piden con fe recibirán perdón por sus pecados. Así también, solamente los que solicitan liberación específica del viejo hombre, obtendrán el don. Con infortunio, la mayoría fija tanto su atención en los pecados obvios de la carne, que pasa por alto el mal oculto en el interior, que es la causa real de sus problemas. Esto es exactamente lo que desea Satanás, porque sabe que el esfuerzo por limpiar pecados aislados nunca hace a un hombre justo. Sólo cuando la raíz del problema se ha eliminado, la victoria será obtenida.

Naturalmente, el viejo hombre nunca saldrá de esta posición por su propia voluntad. Tiene que ser desalojado. Pero es un simple hecho que ningún poder que no tenga disposición para adjudicar puede ser destronado por un poder más débil que él. ¿Entonces cuál es ese poder grandioso por el cual esta erradicación puede ser realizada? Ciertamente no es el poder humano. Toda una vida de servidumbre a ese amo de pecado comprueba que usted no es el poder más grande por el cual el mal puede ser reducido en su posición de autoridad. La liberación tiene que ser realizada por un poder fuera del agente humano. Usted no puede hacerlo y no hay sentido en intentarlo. La victoria llega, no intentando, sino muriendo.

Sólo hay un poder en existencia que es más grande que el poder del pecado, y es infinitamente más poderoso. Ese es el poder de Dios disponible a nosotros en el Evangelio de Cristo Jesús; el omnipotente poder de Dios para salvar del pecado. Cuando este poder entra en la vida, es tan poderoso sobre el pecado, que éste no tiene la capacidad para resistir y permanecer. Tiene que rendirse y salir.

La mayoría vacila en ir a Dios para recibir liberación del pecado, porque piensan que no los quiere bendecir, pero el hecho real es que Dios desea intensamente traerles este don de vida. Dios se decepciona cuando los hombres lo dejan esperando. Todos deben repudiar su indecisión de ir al

Salvador con anhelo y prontitud. ¡Con cuánto regocijo se llenaría entonces el corazón del Padre! Mientras el Señor demora las respuestas de algunas oraciones, dará siempre respuesta instantánea a la verdadera súplica por la liberación del poder permanente del amo de pecado.

“Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación” (*1 Tesalonicenses* 4:3).

“En algunos casos de curación, Jesús no concedió inmediatamente la bendición pedida. Pero en el caso del leproso, apenas hecha la súplica fue concedida. Cuando pedimos bendiciones terrenales, tal vez la respuesta a nuestra oración sea dilatada, o Dios nos dé algo diferente de lo que pedimos, pero no sucede así cuando pedimos liberación del pecado. Él quiere limpiarnos del pecado, hacernos hijos suyos y habilitarnos para vivir una vida santa” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 231, 232).

Así está escrito que el Señor promete hacer pronto lo que desea, y tiene el poder para hacerlo. Nuestra parte es aceptar en absoluto las promesas, exactamente como se expresan, y aprovechar la bendición ofrecida.

El Señor anhela tanto que entandamos estos principios y vayamos a Él para ser salvos, que ha revelado el camino por medio de varias ilustraciones. Una de ellas es el matrimonio. Esto se presenta en lo siguiente:

“Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñoera del hombre entre tanto que éste vive?

“Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive: pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido.

“Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muriere, es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera.

“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios” (*Romanos 7:1-4*).

En estos versículos se hace claro que hay dos esposos; el segundo de los cuales es el que resucitó de los muertos, Cristo, el resucitado. Si Cristo es el segundo, Satanás es el primero. La descendencia del nuevo esposo se llama en las Escrituras, “el nuevo hombre”, mientras que el hijo del primer esposo se llama “el viejo hombre”.

Si hay un punto sobre todo otro enfatizado en los versículos, es que ninguno puede tener dos esposos y su descendencia al mismo tiempo. Sólo hasta cuando el primer esposo se haya eliminado, puede haber un matrimonio con el segundo.

El que suplica y busca salvación no está en la posición de una persona soltera quien sólo tiene que responder al galanteo de Cristo y entrar en una relación matrimonial con Él. Más bien está en la posición de una persona ya casada, y esto significa que si otra unión debe ser formada, tiene que disolverse el matrimonio existente.

Hay predicadores hoy que reconocen la naturaleza mala del antiguo esposo. Ellos describen correctamente su iniquidad, crueldad, impureza y otras variadas características malas. Señalan que su descendencia: el odio, la malicia, la crueldad y otros más, no deben tener lugar en la experiencia cristiana. Entonces dirigen la atención a la belleza, poder, justicia, perfección y santidad del esposo divino, Cristo Jesús, y urgen a sus oyentes para que inviten a Cristo a morar dentro de sus corazones. Aseguran a los oyentes congregados que el Salvador es capaz de tomar el mando de la situación y prevenir la manifestación de males internos, pero no mencionan la necesidad de ser primeramente liberados del antiguo matrimonio. Al contrario, afirman que la presencia mala del viejo hombre tiene que permanecer en nosotros hasta la mañana de la resurrección. Un escritor describe esta clase de vida en un libro titulado, “Viviendo con un Tigre”.

Los que siguen este consejo se asombran porque no experimentan la prometida liberación, aunque la razón debe ser suficiente clara. Cristo es justo y honorable. Por consiguiente, no puede entrar en una relación de adulterio. Puede ocupar la posición desocupada por el esposo saliente, pero no puede compartir con el que la posee. Además, no adoptará la descendencia del diablo y, al usar su poder omnipotente, la trae bajo sujeción. Dios no está interesado en una obediencia forzada. Sabe que el odio bajo control no es amor, así como un lobo enjaulado no es un cordero.

Los que omiten la muerte del viejo hombre y afirman que nosotros tenemos que vivir con su naturaleza en nosotros hasta que Cristo regrese, están predicando el adulterio espiritual y son claramente llamados ministros de iniquidad. Su fin será de acuerdo a sus obras, cuando afronten la terrible retribución que viene sobre los que han guiado almas a la perdición.

Es debido a que Satanás es un esposo infiel y un homicida condenado, que Cristo tiene el derecho a desalojarlo de su posición como esposo de nuestra humanidad y padre de la mala naturaleza interna. En la cruz del Calvario, Jesús ganó la batalla sobre el enemigo, para que ahora tenga el perfecto derecho a reclamarnos como su propiedad.

El cristiano no debe mirar a Satanás como un enemigo para ser vencido, sino uno que ya ha sido vencido. La victoria ganada por el poderoso Salvador ha de ser aceptada por el creyente como un don. Pablo entendió esto cuando escribió: “Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (*1 Corintios* 15:57).

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (*Romanos* 6:23).

Por esta razón, ningún cristiano sale a conseguir la victoria sobre Satanás. Si lo hace, nunca la hallará, sino que sufrirá la miserable derrota. El verdadero cristiano primero obtiene la victoria, y luego sale a encontrarse con el enemigo ya venci-

do. Mientras viva en esa victoria, no hay posibilidad de que pueda ser destruido.

Para actuar a este nivel victorioso y de éxito, se hace viviendo por fe y solamente por fe, como está escrito: "... mas el justo por su fe vivirá" (*Habacuc* 2:4; *Romanos* 1:17; *Gálatas* 3:11; *Hebreos* 10:38).

Es digno de notar que el Evangelio no es el poder de Dios para todos, sino "... a todo aquel que cree ..." (*Romanos* 1:16). Para los que no creen, es sólo una teoría, un argumento o un dogma en lo cual no hay poder salvador en absoluto. Por consiguiente, todos los que hallarán salvación tendrán que saber cómo creer y cómo ejercitarse en esa fe.

"Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" (*Hebreos* 11:6).

La fe viviente y efectiva debe ser poseída y ejercida por todos los que tendrán un lugar en el paraíso, pero la pregunta es: ¿Cómo puede uno obtener esta clase de fe? Ciertamente no es algo natural en el corazón humano, porque debe ser adquirida, cultivada y fortalecida. Muchos que fueron a Jesús para recibir el toque de su poder sanador partieron sin ayuda porque no poseían la fe real. Otros que se acercaron con una fe pequeña, tal como el hombre de Capernaúm cuyo hijo estaba por morir, lograron una visión tal del poder en Cristo, que la fe brotó y fueron habilitados para asirse de la bendición prometida.

Existe una forma en la cual la fe puede venir, y esa es por medio de la Palabra de Dios. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (*Romanos 10:17*).

La verdadera fe no es un sentimiento ni está basada sobre sentimientos. Ella está construida sobre la invariable palabra de Dios. Por esta razón, el primer paso en la construcción del edificio de la fe es llegar a ser familiares con las maravillosas promesas de Dios. Estas tienen que ser halladas, estudiadas y ser una parte viviente de la experiencia del individuo. Tiene que dedicarse tiempo a estas declaraciones divinas, hasta que sean absorbidas en el mismo ser, y el creyente llegue a ser consciente del gran poder que hay en ellas.

Todos deben tener cuidado de no construir su fe únicamente en el testimonio de otro, porque esta no es la base de la experiencia viva. Una vez se me acercó un hombre que argumentaba que las promesas de Dios eran maravillosas, pero que eran demasiadas buenas para ser ciertas. Sin embargo estaba deseando creer en ellas, con tal de que yo pudiera mencionar una persona que se hallara viviendo una vida perfecta, una persona en quien estas promesas se estuvieran cumpliendo.

Semejante a los fariseos de antaño, quienes pidieron a Jesús una señal como base para su aceptación, así este individuo estaba haciendo lo mismo. Si en ese tiempo Cristo hubiera provisto la señal solicitada, no habrían creído, ni lo habría hecho este hombre tampoco.

Se le indicó que su fe no dependía de los éxitos de otros en la aplicación de las promesas de Dios. Si era la única persona sobre la tierra que creía en la palabra de Dios, sería salva por el poder del Altísimo en esa palabra. Por otra parte, si tenía que esperar hasta que alguien comprobara las promesas antes de poder creer en ellas y ser bendecido por ellas, entonces moriría esperando si esa otra persona no podía ser hallada.

La forma en que la fe debe ser obtenida y ejercida se ilustra en las Escrituras a través del ministerio de Cristo. No hay otro ejemplo mejor que la curación del hombre del estanque de Betesda. La historia se registra en Juan 5:1-9.

En Jerusalén había un estanque acerca del cual se había formado una leyenda durante muchos años. Simplemente el pueblo creía la mentira que siempre que el agua se agitara, la primera persona enferma lanzada al agua sería sana de toda enfermedad que le causara aflicción. Por su puesto, ninguna persona realmente enferma era siempre la primera en ser metida en el estanque, porque los que estaban sufriendo sólo enfermedades imaginarias, estarían siempre por delante de los demás. Obviamente, la idea nunca hallaba su fuente en Dios, porque no es la forma de Dios otorgar su poder sanador al más idóneo y menos necesitado en perjuicio de todo el resto. Además es la fe en su poder lo que trae restauración, no las hazañas físicas por las que uno puede dejar atrás a todos los demás.

Cerca del estanque se hallaba tendido un hombre impotente que había estado enfermo durante treinta y ocho años. Con la ayuda de amigos de buenas intenciones, varias veces intentó obtener sanidad al ser el primero en entrar en el agua, pero alguien lo anticipaba siempre.

La condición física de este hombre es una réplica exacta de la condición espiritual del pecador. El hombre tenía un cuerpo designado por Dios para llevar a cabo las funciones diarias de la vida normal, y en su mente esto era justamente lo que él deseaba hacer. El no quería permanecer allí tendido sin ayuda e inservible día tras día. Deseaba trabajar, construir, sembrar, recoger, y efectuar todo lo que la vida le ofrecía, pero no podía hacer nada de estas cosas, porque dentro de él residía un amo que gobernaba su cuerpo contra los deseos de su mente.

Así es con la persona en quien habita el viejo hombre —el amo de pecado. Todos nosotros tenemos el instrumento corporal designado para ejecutar las obras de justicia y, en nuestra mente, eso es justamente lo que deseamos hacer. Deseamos ser amables, bondadosos, misericordiosos, pacíficos y santos, pero a pesar de nuestras mejores intenciones, nos encontramos haciendo las mismas cosas que no queremos hacer. Cuando leemos en *Romanos 7:14-25*, nos hallamos leyendo una descripción exacta de nuestra experiencia. Las cosas que deseamos hacer no las hacemos, mientras que las mismas cosas que aborrecemos son las que

continuamos haciendo día tras día. El problema consiste en el hecho de que estamos tan dominados por el amo de pecado en nosotros, como lo estaba el hombre impotente gobernado por la enfermedad dentro de él.

Año tras año este hombre había tratado de obtener liberación a través de ciertos procedimientos, es decir, el ser lanzando en el estanque, pero nunca funcionó. Después de los treinta y ocho años que llevaba allí, se hallaba más enfermo y débil que al comienzo de este período. Finalmente, el tiempo llegó cuando abandonó toda esperanza de ser restaurado por estos procedimientos.

De igual manera, los individuos buscan durante muchos años obtener liberación al luchar penosamente para hacer lo que la ley demanda. En lugar de llevar al Señor su vieja naturaleza para que la quite y la reemplace, tratan de controlar y disciplinar el mal dentro de ellos. Eventualmente, pierden toda confianza en la obtención de la victoria a través de formas equivocadas. Es cuando se haya eliminado toda suficiencia propia, que el Salvador puede venir a ellos para ofrecerles el camino de liberación.

Fue cuando el hombre de Betesda había perdido toda confianza en el sistema supuesto de liberación con el que por mucho tiempo había intentado, que el Señor vino a él, no antes. Al llegar ante su presencia, el Sanador le preguntó si le gustaría ser curado. El hombre imaginó que Cristo se ofrecía para bajarlo al agua en el siguiente

momento que fuera agitada, y se apresuró en asegurar al Maestro que no tenía sentido hacer esto, porque estaba completamente persuadido de que el esfuerzo era inútil. Esta era precisamente la confesión que Cristo quería oír, y al escucharla, inmediatamente le ordenó al hombre que tomara su lecho y andara.

El hombre no había usado sus miembros durante muchos años y pudo fácilmente haber saludado las palabras de Cristo con desdén. Pudo haberlas rechazado como imposible, como muchos lo hacen cuando leen el simple mandamiento: “Velad debidamente, y no pequéis”. Entonces habría respondido de la siguiente manera:

“¡Ah, Señor! ¡He oído acerca de ti! ¡Tú eres el poderoso Sanador! Tú le das vista al ciego, vida al muerto, salud al leproso y fortaleza a los que son lisiados e inútiles como yo. Sé que tienes el poder para curarme y que así lo harás. Con felicidad anticipada estoy esperando aquí, hasta que pueda sentir la oleada de tu poder sanador en todo mi cuerpo, y entonces obedeceré alegremente tu orden”.

Pero el Salvador no le dijo al hombre: “Yo voy a sanarte. Pronto vas a sentir la vida y la fuerza fluendo por tu cuerpo y, cuando lo sientas, ponte de pie y anda”.

Estas no fueron sus instrucciones. Simplemente le dijo al hombre enfermo: “Levántate, toma tu lecho, y anda”. No le pertenecía al hombre preguntar si podía ser hecho o no, porque esa no era su

responsabilidad. Todos los mandatos de Dios son sus habilitaciones, y a nadie se le exige que haga lo imposible. Tan ciertamente como Cristo le ordenó al hombre levantarse y andar, así le garantizó el poder para hacerlo. Así también, cuando nos exige no pecar más, en ese mismo mandato está la promesa de que puede ser hecho.

Fue afortunado para el hombre impotente que sin dudar creyera en las palabras de Cristo, y actuara en conformidad. En el instante que ordenó a sus desgastados músculos soportar su peso, Dios envió una corriente de poder sanador en todo su cuerpo y fue curado. El enfermo saltó sobre sus pies. La enfermedad fue desterrada de su sistema, y la vitalidad, salud y fuerza tomaron su lugar. Él entonces caminó por el poder que había en él.

“Tú también eres pecador. No puedes expiar tus pecados pasados ni puedes cambiar tu corazón y hacerte santo. Más Dios promete hacer todo esto por ti mediante Cristo” (*El Camino a Cristo*, págs. 93. 94).

Todos saben que los seres humanos no pueden expiar sus pecados pasados, no pueden hacerse seres santos, aunque muchas personas intentan hacerlo con sacrificio. Los que lo hacen son los que piensan que no pueden ir a Dios, a menos que ellos mismos se hagan primero presentables. Sin embargo, la gran mayoría simplemente considera imposible la idea que alguien en esta tierra pueda ser santo. Pero el Señor promete hacerlo santo. Si es así, entonces usted debe creerlo. Tan

ciertamente como lo haga, habrá dado un paso agigantado hacia el logro.

“*Creer* en esa promesa; confiesas tus pecados y te entregas a Dios; *quieres* servirle. Tan ciertamente como haces esto, Dios cumplirá su palabra contigo. Si crees la promesa —si crees que estás perdonado y limpiado — Dios convierte su promesa en una realidad: tú eres sanado, lo mismo que el paralítico, al que Cristo dio potencia para andar cuando el hombre *creyó* que había sido sanado. Así es si así lo crees.

“No aguardes hasta *sentir* que estás sano, sino di: Lo creo; así es, no porque lo sienta, sino porque Dios lo ha prometido”. (*Ibid.*).

Cuando se hace la confesión exigida por el Cielo, es vital que el necesitado no se limite a confesar sólo lo que ha hecho. Es más importante que confiese lo que él es. Uno no consigue la liberación del odio, orgullo y mal temperamento, cosa por cosa. Estas son manifestaciones del viejo hombre, y es solamente cuando éste se erradica, que los pecados salen con él.

El poner la voluntad en la obediencia a Dios, requiere que el creyente salga a cumplir los mandamientos de Dios sin ninguna preocupación acerca de la posibilidad de si puede cumplirlos. Si el Señor le ordena que lo haga, entonces procederá dejando el problema del cumplimiento enteramente con el Todopoderoso. Cuando el creyente aprenda a caminar por fe en este camino, le será asegurada la continua victoria.

Algunos objetan estas bellas y salvadoras verdades en base a que esto haría a una persona tan suficiente, que no necesitaría más del Salvador. Este argumento es tan absurdo como expresar que después que una mujer se casa no necesita más de su marido. La dependencia del cristiano de Dios es tan total, una vez se ha liberado del amo de pecado, como era en su deseo de ser libre.

Sin Cristo, el hombre nada puede hacer. Una conexión debe mantenerse constantemente con Dios, porque sin una inalterable infusión de poder diaria, el alma se debilitará y morirá.

En el punto donde el viejo hombre se erradica y un nuevo hombre toma su lugar, no se alcanza la plena madurez cristiana, porque el creyente no es más que un bebé recién nacido en el mensaje, y tiene mucho que hacer todavía para crecer. Él ha entrado en la familia de Dios y en la escuela de Cristo.

Como miembro de la familia, él es provisto de todo lo necesario para alimentar y sostener la nueva vida, aunque permanece la responsabilidad de alimentarse de los nutrientes que Cristo hace disponibles. Cada día debe comenzar con un período de estrecha comunión con los poderes divinos, para que la vida sea cargada de vitalidad, lucidez y percepción, para discernir las tentaciones del enemigo, y se fortalezca para resistirlas.

Como estudiante en la escuela de Cristo, comienza el proceso de aprender los engaños de Satanás y conocer la mente de Cristo. Esta obra no se realiza en un momento. Requiere lo que resta

de toda nuestra vida para completarse. Para muchos serán las luchas cuando las antiguas ideas y teorías batallen por el dominio, pero si el estudiante aprende a desconfiar en lo que ha aprendido en el pasado y abre su corazón a las dulces influencias de los maestros celestiales, hará mejores progresos en la vida cristiana.

Por supuesto, Satanás no renunciará. Mientras nos perdió por causa de Cristo, contendrá en cada tramo del camino y actuará arduamente para introducir dudas en la mente. Si puede instarnos a dudar de las claras y confiables promesas de Dios, ciertamente motivará una vez más nuestra caída en el pecado. Si esto llega a suceder, no todo será perdido. El Señor está listo para perdonar y para limpiar en respuesta a la oración de fe. Él tratará el incidente no como una base de condenación, sino como una lección que contiene instrucción, por la cual la tentación puede ser afrontada con éxito en la próxima ocasión que Satanás la utilice contra nosotros.

Mientras hay mucho más que puede ser dicho sobre este maravilloso tema, se ha considerado lo suficiente aquí para demostrar que el Señor ha hecho provisión abundante para todo el que desea velar debidamente y no pecar. Es tiempo de sacudir el letargo y la incredulidad que priva a muchos de vivir la vida que Dios planeó para la persona libre.

“Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (1 Juan 3:6).

“Cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 621).

En el día final de cuentas, muchos que pensaban que conocían a Dios y se consideraban ser sus verdaderos hijos, serán amarga y eternamente chasqueados, como está escrito:

“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

“Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (*Mateo 7:22, 23*).

Hacer la voluntad de Dios es dejar de pecar. El poder y las provisiones de Dios son tan amplias, que no hay excusa para pecar. “Un temperamento santo, una vida semejante a la de Cristo, es accesible para todo hijo de Dios arrepentido y creyente” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 278).

Pronto, y nadie sabe cuán pronto, comenzará el juicio final para probar las obras de cada hombre y ver si son verdaderamente justas. Cuando ese tiempo llegue, la oportunidad de uno aprovecharse del remedio divinamente formulado, se habrá ido, para nunca volver. Por esta razón, ahora, antes de que sea demasiado tarde, estimado profeso hijo del Dios de justicia, velad debidamente, y no pequéis.

Para un estudio adicional recomendamos los libros siguientes:

Los Vivos y los Muertos	F. T. Wright
Confesión Aceptable	F. T. Wright
Justicia Viviente y el Sábado de Dios	F. T. Wright
Los 144.000	F. T. Wright
Los Tres Templos.	F. T. Wright
La Venida de Cristo Demorada — ¿Por Qué?.	F. T. Wright
La Iglesia de Dios no Es Babilonia	F. T. Wright
Afrontando el Juicio — ¿Estas Listo?.	F. T. Wright
Yo Pienso Como un Hombre	F. T. Wright
Justificado — por Fe!	F. T. Wright
Ved Aquí al Dios Vuestro	F. T. Wright
Reposo del Sábado de Dios	F. T. Wright
Salvación del Niño.	F. T. Wright
Reavivamiento y Reforma.	F. T. Wright
Los Siete Angeles	F. T. Wright
De la Esclavitud a la Libertad	F. T. Wright

El camino Consagrado a la Perfección Cristiana A. T. Jones

Individualidad en Religión A. T. Jones

Carta a los Romanos E. J. Waggoner

Estos libros están también disponibles en otras lenguas:
inglés, alemán, francés, portugués y rumano.



Awake to Righteousness, Spanish Edition